LOS DOS SOBRINOS,

ó

LA ESCUELA DE LOS PARIENTES.

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de Mayo de 1825.

PERSONAS.

DOÑA CATALINA.	D. JOAQUIN.
DOÑA JULIANA.	D. BRUNO.
PLÁCIDA.	D. ONOFRE.
INÉS.	D. MARCELO.
D. CÁNDIDO.	MATIAS.

UN SOLDADO.

La escena es en Madrid. Sala con tres puertas: una conduce á la antesala y á las habitaciones interiores, otra á la de doña Catalina y la restante al cuarto de don Joaquin.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. MARCELO. D. ONOFRE.

D. Marc. ¿Qué resolvemos, Onofre,
de nuestro caro sobrino?
¿Te lo llevas al lugar?
D. Onof. ¡Si es tan apocado el niño
que no sirve para nada!
No es hombre, segun he visto,
de cojer un azadon,
ni de podar un olivo,
ni aun de cuidar de las mulas,
que es el único ejercicio
en que pudiera emplearlo.
Si fuera como su primo.....
¡Oh! Joaquin es otra cosa.
¡Qué despejado! ¡qué fino!
Y al cabo es un capitan.
Este sí que honra á sus tios;
pero Cándido.....
D. Marc. No obstante,
me parece que es preciso
llevemos la carga todos.
Siete meses bien cumplidos

tengo á Joaquin en mi casa.
Fué robado en el camino,
y, como era regular,
le franqueé mi bolsillo
para hacerse un equipaje
conveniente á su destino.
He pagado varias deudas
que en Madrid ha contraido.....
Todas por lances de honor
de que un jóven de principios
nunca puede prescindir:
banquetes con sus amigos;
bailes; á veces el juego;
que, aunque en rigor es un vicio,
sin pasar por un quijote
extravagante y mezquino,
ya ves, todo un capitan.....

D. Onof. Eso está bien. Él es digno
de todo; él es acreedor
á cualquiera sacrificio;
pero el otro.....

D. Marc. Pues el otro
me ha puesto en un compromiso.
Aquí se nos ha encajado
sin anunciarnos su arribo,
hecho un adan.

D. Onof. ¿Y qué culpa
tengo yo?

D. Marc. Pidió un asilo
en mi casa, y yo no pude
negárselo.

D. Onof. Pues, amigo,
paciencia. A mí no me hubiera
encontrado tan propicio.
Ya se la puede buscar,
que no es manco ni tullido.
¡Holgazan! Con esa cara
que tiene de teatino
viene á pegarla, sin mas
que «aquí estoy porque he venido.»

D. Marc. Tuve que pagar el viaje
y los gastos del camino,
porque él no trajo.....

D. Onof. Esa es otra.
Vaya, vaya; el señorito
Es una buena prebenda.

D. Marc. Aunque el gasto es tan crecido,
no es esto lo que me apura.

D. Onof. Pues ¿qué?

D. Marc. Que afrentado vivo
con él. Ese encojimiento,
ese porte tan sombrío,
tan tosco.....

D. Onof. Dí de una vez
que es un solemne pollino
y que quieres embocarme
la maula. Pues, hijo mio,
desásnalo tú si quieres.

D. Marc. Yo ademas de Joaquinito
tengo á doña Catalina
que hace mes y medio vino
de Cádiz; y hasta que encuentre
casa..... Ya ves, su marido
fué amigo nuestro, y no creo
regular.....

D. Onof. Nada: conmigo
no se viene. Es excusado
porfiar.

D. Marc. ¿No eres su tio
como yo?

D. Onof. Si te es gravoso,
desde este instante me obligo
á abonarte lo que gastes
con él; pero yo no admito
gaznápiros en mi casa.
Mejor quiero un tabardillo.

D. Marc. Ya he dicho que no es el gasto
lo que siento.

D. Onof. Y yo repito
que á mi lado no le quiero.

D. Marc. En tus haciendas de Pinto
puede estar.

D. Onof. ¿Y qué dirían
las gentes si algun domingo
me viniera á visitar
de tosco sayal vestido,
con montera, con polainas,
abarcas y vara en cinto,
y oyeran que me decía:
buenas tardes, señor tio?

D. Marc. No hay remedio. Es necesario
que yo le aguante. ¡Maldito
parentesco! Mantenerlo
lejos de mí es un arbitrio
costoso. Al fin en la casa
se viene á gastar lo mismo
esté ó no esté; pero fuera.....

D. Onof. Eso quisiera el chiquillo:
asegurar la pitanza
y vivir á su albedrío.
Pero nuestro primo Bruno,
que la echa de compasivo,
¿no se lo puede llevar?

D. Marc. No conviene. Mi designio
es muy diferente. Bruno
es viudo sin hijos, rico
y amigo de sus parientes.
Ya sabes tú que Fabricio
nuestro hermano, que Dios haya,
tuvo cierto disgustillo
con él.

D. Onof. Sí; cuando le echó
de su casa porque quiso
con sus prudentes consejos
salvarle del precipicio.

D. Marc. Riñeron. A pocos meses
su indolencia, su prurito
de brillar, y la aprehension
que le hicieron de un navío
fletado por él con carga
de géneros prohibidos,
fueron causa de su ruina
total.

D. Onof. Bien: y á este conflicto
siguió pronto el de la muerte
de su mujer; y Fabricio
enfermó de pesadumbre;
murió ya puesto en camino

para los baños de Caldas;
y lo enterraron; y su hijo
Cándido viéndose solo,
desamparado, aburrido,
viene á comernos un lado
á título de sobrino.
Pero todo esto.....

D. Marc. El pobrete
haría sin duda juicio
de ser recibido mal
de Bruno. Por eso vino
á Madrid, y ni siquiera
una visita le hizo
al pasar por Zaragoza.

D. Onof. Con todo, no le imagino
capáz de desampararlo.

D. Marc. Pero si yo se lo envío,
no solo le admitirá
con placer y con cariño;
sino que podrá dejarle
algun dia, con perjuicio
de Plácida, cuanto tiene:
y esto es lo que determino
evitar á toda costa.

D. Onof. Cuando Cándido era niño
como un padre le quería.

D. Marc. Es cierto; pero hace un siglo
qué no le vé.

D. Onof. Y dime: ¿sabe
que está aquí?

D. Marc. ¡Qué desatino!
No se lo diré yo nunca.

D. Onof. Pero..... ¿y si le escribe el chico?

D. Marc. No lo hará; te lo aseguro,
porque yo no me descuido
en prevenir al muchacho
contra él.

D. Onof. Ya; tú habrás dicho
para tí: la caridad
se entiende consigo mismo;
y el prójimo, que se dé
contra una esquina.

D. Marc. Es preciso
que me ayudes á inclinarle
á mi favor.

D. Onof. Ya le he escrito
que Plácida es un tesoro
de virtudes, un hechizo.
Y mis elogios por cierto
no son muy equitativos,
porque es una linda maula.
Ahora cuatro rengloncitos
contra Cándido: ¿no es esto?
y negocio concluido.
Pero si se le antojara
venirse.....

D. Marc. No; no hay peligro.
Es muy viejo. — En todo caso
nunca vendrá de improviso,
y podremos.....

D. Onof. Ya; ya entiendo.
¿Y dónde está tu pupilo?

D. Marc. Salió con Juliana.

D. Onof. ¡Calla!
Aquí está. ¡Qué compungido!
¡qué humilde!

ESCENA II.

D. ONOFRE. D. MARCELO. D. CÁNDIDO.

[*Don Cándido se presenta pobremente vestido.*]

D. Onof. ¡Hola, buena pieza!
¿Cómo vienes tan marchito?
¿Dónde has dejado á tu tia?

D. Cánd. A la mitad del camino
me dijo que no gustaba
de acompañarse conmigo.

D. Onof. Habrás hecho de las tuyas.

D. Marc. Cuando ella te ha despedido
por algo será.

D. Onof. La habrás
avergonzado.

D. Marc. Habrás dicho
mil necedades.

D. Cánd. Dios sabe
que yo.....

D. Marc. Calla.

D. Cánd. ¡Ah! Yo suplico
á ustedes.....

D. Onof. Cállese usted.
Es un enorme delito
disculparse de ese modo.

D. Cánd. (¡Paciencia!)

D. Marc. Sí; ya está visto
que no haré carrera de él.

D. Onof. Con ese aire de novicio
no pienses que nos engañas,
¡hipocriton!

D. Cánd. (¡Qué martirio!)

D. Onof. ¿Qué murmuras entre dientes?
Vehementísimo indicio
de tu culpa es tu silencio.

D. Cánd. Pues bien: ¿cuál es mi castigo?
¡Si callo soy delincuente,
y ofendo cuando replico!

D. Onof. Ni callar, ni replicar.

D. Cánd. Eso es imposible, tio.

D. Marc. Vamos; será necesario
tomar con él un partido.

D. Onof. Sí, sí; por incorregible
debe echársele á un presidio.

D. Marc. Aquí viene mi mujer
y nos dirá lo que ha habido.

ESCENA III.

D. ONOFRE. D. MARCELO. D. CÁNDIDO.
DOÑA JULIANA.

D.ª Jul. ¡Jesus, qué sofocacion!
¡Jesus, Jesus, qué sobrino! [*Se sienta.*]

D. Onof. ¿Qué te ha hecho ese bergante?

D.ª Jul. ¡Nunca le hubiera yo dicho
que me acompañase! ¡Nunca
hubiera á casa venido!
Empeñado el muy zoquete
en ir siempre al lado mio
como si fuera un cortejo.

¡Ah, qué afrenta! ¡qué suplicio!
Por mas que haciéndole estaba
señas con el abanico
para que detrás viniera,
no he podido conseguirlo.
Ya se lo iba á decir claro
al pasar por los Basilios,
cuando de manos á boca
me encuentro con don Faustino
y Conchita su mujer.
¡Entonces fue el compromiso!
Como ella es tan criticona
y tan vano su marido,
temía que ese señor
dijera algun desvarío
ó les diera á conocer
que era mi pariente. Quiso
mi fortuna, ó mi desgracia
mas bien, que como es el niño
tan huraño y tan agreste,
sin dar lugar á mi aviso
se quedó á cierta distancia.
Con esto me tranquilizo,
y despues de saludar
á mi amiga con cariño
la propongo me acompañe
esta tarde en el Retiro,
cuando me agarra del brazo
ese záfio de improviso
y me dice: ¡tia, tia!
¡Un coche! ¡Pronto, de un brinco
pase usted á la otra acera!
No sentí tanto el peligro
como verme abochornada
de tal modo. No he tenido
rato mas malo en mi vida.
Estoy hecha un basilisco.
¡Qué atrevimiento! ¡En la calle
llamarme tia, y á gritos!

D. Cánd. No podia imaginar
que usted se hubiera ofendido
de que la llamase tia.
Ahora, si es un delito
el ser pariente de usted
porque en el mundo no brillo,
eso es otra cosa; pero,
señora, si no soy rico,
¿cómo lo he de remediar?
Esta pobreza en que gimo
no es consecuencia funesta
de algun vergonzoso vicio.
¡La muerte de un tierno padre
solo me deja el conflicto
de llorarla, y la desgracia
de ser gravoso á mis tios!
Yo quisiera.....

D.ª Jul. Yo quisiera
que fuera usted mas sumiso
y algo menos bachiller.
Sí, señor; así lo exijo.
Con que despues que le estamos
colmando de beneficios,
¿aún nos viene usted con fieros?
Vaya, ¿si será preciso
que le pidamos perdon?
Cuando usted haya aprendido
á tratar con las señoras;
cuando sea usted tan fino
como su primo Joaquin,
merecerá mi cariño,
y no me desdeñaré
de llamarle deudo mio.
Pero no siendo elegante,
gracioso, amable, cumplido,
como él lo es; no entendiendo
el país de un abanico;
no sabiendo dar su voto
sobre el gusto de un vestido,
ni bailar un rigodon,
ni trinchar un palomino,
que me llame usted su tia
formalmente le prohibo.

D. Onof. Dice muy bien.

D.ª Jul. Y cuidado
con no serme tan altivo.
Cuidado con respetar
el menor de mis caprichos.
Si no acomoda, ya puedes
tomar la puerta. Clarito.

ESCENA IV.

D. ONOFRE. D. MARCELO. D. CÁNDIDO.

D. Marc. ¿Ves á lo que das lugar
con tu imprudencia? Es preciso
enmendarse. ¿Qué te cuesta
darle gusto? ¿Qué perjuicio
se te sigue de ser dócil,
callado, humilde, expresivo
y cariñoso con ella?
Si se indispone contigo
es por tu bien. — Por ahora
tus desaciertos olvido
y te quiero perdonar.
Procura no repetirlos
si deseas conservarte
en mi gracia. Harto te digo.

ESCENA V.

D. ONOFRE. D. CANDIDO.

D. Onof. La reprimenda no es floja;
pero ¡vanos raciocinios!
A tí nada te hace mella.
Yo no sé á quién has salido:
tan torpe, tan bigardon,
tan ingrato, tan arisco,
tan..... ¡Qué veo! ¿Estás llorando?
¡Ay qué gracia de angelito!
Vamos, desmáyate ahora.
¡Cuidado que es un prodigio
el muchacho! Con mas cuartos
que un arriero vizcaíno,
¡llorar como una madama!
¿Y piensas que no concibo
que ese llanto es de soberbia?
¡Muy bien! ¡Estamos lucidos!

¡Sobre que ya no se puede
hacer bien en este siglo!

D. Cánd. ¡Ah, señor! El hacer bien
nunca.....

D. Onof. Calla, que me irrito.
Tú has venido á deshonrarnos.
Mi hermano hizo un desatino
en recibirte en su casa
y darte el pan de sus hijos.
¿Si querrás que te contemplen
y que te traten con mimo?
Vaya; ¡no faltaba mas!
¿Por qué no naciste obispo?
Él te llena la bartola
y yo te calzo y te visto.
Pues ¿qué mas quieres? Peor
fuera estar en el hospicio.
¡Ah, qué bien dice el refran!
Al que Dios no le da hijos,
para purgar sus pecados
el diablo le da sobrinos.

ESCENA VI.

D. CÁNDIDO.

No es posible tolerar
tratamiento tan indigno.
Me avergüenzo del estado
de humillacion en que vivo,
y solo la fuga puede
salvarme del precipicio
á que tantas sinrazones
me conducen de continuo.
Huyamos; ¡sí! Poco pierdo
en dejar tan triste asilo.
Mejor es morirme de hambre
que depender de mis tios.

ESCENA VII.

D. CANDIDO. D. JOAQUIN.

[*Don Cándido se queda triste y pensativo á un extremo de la escena. Don Joaquin sale de su cuarto leyendo un papel con direccion á la habitacion de doña Catalina.*]

D. Joaq. Perfectamente. No puede
estar mejor. Yo me pinto
solo para hacer sonetos.
Ni Jerjes, ni Tito Livio
sirven para descalzarme.
¡Es mucho númen el mio!
Se lo voy á presentar.....
¡Hola! Buenos dias, primo.
Me alegro mucho de verte.
Ya sabes tú que me pico
de poeta. Vas á oir
este soneto que he escrito
á nuestra huéspeda amable
casi casi de improviso.
Oye, y verás ¡qué conceptos
tan armoniosos! ¡qué estilo
tan bien medido! ¡qué rima
tan sentimental!

D. Cánd. Amigo,
no estoy de humor para coplas.
Déjame.

D. Joaq. Yo necesito
tu aprobacion.

D. Cánd. Yo lo apruebo
desde ahora sin oirlo.

D. Joaq. No importa. Es un *jefe de obra*,
y lo has de oir.

D. Cánd. (Estoy frito.)

D. Joaq. [*Leyendo.*]
Por mirarte con lúbrico entusiasmo
corta la parca mi vital estambre.
Me voy quedando ya como un alambre
y tú tienes la culpa. No me pasmo.
De tu desden el rígido sarcasmo
en materias de amor me mata de hambre;
y cual si fueras cálido fiambre
no te puedo mirar sin pleonasmo.
Ni Venus misma con su hermoso físico
merece ser de Catalina el prólogo.
pero ¿has de permitir que muera tísico?
¡Ah! Bien puedo decir sin ser teólogo,
segun me hieren tus miradas áridas,
que tus ojos, mi bien, son dos cantáridas.

¿Qué tal? ¿Se encuentran sonetos
de este mérito en los libros?
Lo del *cálido fiambre*
¿no te parece un prodigio?
Lo del *rígido sarcasmo*
¿no es un concepto exquisito?
Confieso que el consonante
me tenia apuradillo.
Ya iba á abandonar la empresa,
cuando á mi socorro vino
la palabra *pleonasmo*,
grave, de hermoso sonido,
y sobre todo oportuna.
Eso de morirme tísico
es lo que enmendar quisiera;
pero ya está puesto en limpio
y así ha de ir. —Vamos, hombre:
todavía no me has dicho
qué te parece.

D. Cánd. ¿No acabas
de ponderarlo tú mismo?

D. Joaq. No importa. Yo soy modesto

y á tu fallo me remito.
D. Cánd. ¿Podré decir sin rebozo
mi dictámen?
D. Joaq. Sí, sí; dilo.
D. Cánd. Pues bien; á mí me parece
cada verso un desatino.
D. Joaq. ¿Te burlas, hombre?
D. Cánd. No estoy
para burlas. Lo repito:
tu soneto es detestable.
D. Joaq. Solo un hombre tan borrico
como tú diría eso.
Vamos; bien dice mi tio,
que la miseria embrutece
á las gentes.
D. Cánd. Si has creido
impunemente insultarme,
te equivocas, Joaquinito.
D. Joaq. ¡Hola! Con que ¿eso es decir
que te batirás conmigo?
Pues bien; corriente. No doy
por tu vida dos cominos.
¿Cómo quieres que riñamos;
á cuchilladas, ó á tiros?
Elige: ¿dónde ha de ser;
en el campo, ó aquí mismo?
Testamento..... no lo harás,
se supone: esto lo digo
porque no tienes de qué.
¿Piensas buscar un padrino?
¿Quieres que.....
D. Cánd. No quiero nada.
Soy opuesto á desafíos.
Lo que quiero es que me dejes
en paz y que tengas juicio.
D. Joaq. Al fin eres un gallina
sin honor y sin principios.
D. Cánd. Yo no conozco ese honor
que tanto los libertinos
decantan. En la virtud
únicamente lo cifro
y no en andar á estocadas
por tan frívolo motivo.
Yo sé respetar las leyes
y obedecerlas sumiso;
pero aunque ves que no peino
bigotes, ni espada ciño;
[*Va acercándose á don Joaquin, y éste retrocediendo.*]
ni llevo dos charreteras
que deslumbren con su brillo
en los bailes y en el Prado;
ni tengo hoja de servicios
llena, no de campamentos,
de batallas y de sitios,
sino de hospitalidades,
deserciones y castillos;
desprecio á los fanfarrones
que escupen por el colmillo,
y les doy de bofetadas
sin necesitar padrino.
D. Joaq. Pero, hombre,..... no te sofoques.
Nunca ha sido mi designio
que fuéramos á matarnos.
¡Qué disparate! ¡Dos primos!
Ya ves tú; los que tenemos
el genio así...., un poco vivo
nos excedemos á veces.....
Vaya; vengan esos cinco
y olvidemos lo pasado.
Ya sabes tú que te estimo.
D. Cánd. Harto hago con aguantar
la injusticia de mis tios,
sin sufrir tus insolencias.
Procura en lo sucesivo
tratarme con mas respeto,
porque si no,.....
[*Amenazándole á la cara.*]
te confirmo.

ESCENA VIII.

D. JOAQUIN.

¡Toma! Será muy capaz
de hacerlo como lo ha dicho.
¿Quién habia de creer
que tuviera tantos brios
un pobreton? No; con este
no es fácil sacar partido,
porque pudiera dejarme
de un bofeton sin carrillos.—
Pero es mucha necedad
decir que no vale un pito
mi soneto. A bien que yo
estoy muy bien persuadido
de lo contrario, y me basta. —
¡Eh! Ya es tiempo de lucirlo
con la huéspeda. Yo voy
á leérselo ahora mismo. —
¿Y si Plácida lo sabe?
La voy á tener de hocico
quince dias. — ¿Qué me importa?
Si á la viudita conquisto,
que es hermosa, rica y jóven,
pronto con mi prima rifo
y desbarato la boda;
y si no saco partido,
fácil me es desenojarla;
y mas estando los tios
de mi parte, y teniendo ella
tantas ganas de marido.
[*Entra en el cuarto de doña Catalina.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA CATALINA. D. JOAQUIN.

D. Joaq. Con que ¿no permite usted
que la acompañe?
D.ª Cat. Mil gracias.
Me precisa salir sola.
D. Joaq. ¿Y no quedamos en nada?
D.ª Cat. Pues ¿no le he dicho á usted ya
que su soneto me encanta?
¿No he dicho que hay en sus versos
mas bellezas que palabras?
Es verdad que muchas de ellas
á mi comprension se escapan;
pero tienen cierto nervio
poético que arrebata;
y sobre todo el donaire
singular con que usted llama
cantáridas á mis ojos
me embelesa, me entusiasma.
D Joaq. Sí; cantáridas de amor
que me pican y me abrasan.
D.ª Cat. Es un soneto estupendo
lleno de fuego y de gracia.
Usted debia imprimirlo.
D. Joaq. Ya se ve; de eso se trata.
Pronto va á salir á luz
con mis poesías varias
así que haya reunido,
que esto lo hago en dos semanas,
materiales para un tomo.
D.ª Cat. Siga usted con confianza
la carrera del Parnaso:
así con pluma y espada
será usted en poco tiempo
el ornamento de España.
D. Joaq. Pero usted se desentiende
de la pasion que me inflama,
y hasta ahora no me ha dicho
si la aprueba ó la desaira.
D.ª Cat. Segun eso, ¿usted me quiere?
D. Joaq. Esa pregunta me balda.
La quiero á usted con furor.
D.ª Cat. ¡Ay qué miedo! Usted me espanta.
D. Joaq. ¿Tan feo soy?
D.ª Cat. Nada de eso;
pero ¿quién no se acobarda
con un amante furioso?
D. Joaq. Esto es ponderar mis ansias
usando de una figura
retórica que se llama
Sinalefa.
D.ª Cat. ¡Ah! bien: ya estoy
mas tranquila. Yo pensaba,
como es usted militar,
que enamorar á las damas
era para usted lo mismo
que asaltar una muralla.
D. Joaq. ¡Qué dicha fuera la mia
si esa mano delicada.....
[*Quiere tomársela y ella la retira.*]
D.ª Cat. Verdad es: déjela usted
que se quiebra si la palpan.
D. Joaq. Perdone usted, Catalina.
El cariño me arrebata.
Yo apasionado, usted bella.....
En fin, el diablo las carga.
Como me quisiera usted,
dejaria á diez muchachas
que estan perdidas de amores
por mí.
D.ª Cat. La fineza es rara.
Fuerza es que yo valga mucho
para desbancar á tantas.
¿Y dejará usted tambien
á su prima cuando trata
de ser su esposo?
D. Joaq. Señora,
no crea usted tal patraña.
Mi mano no es para ella.
Si mi hermosa gaditana
la aceptase, yo sería
mas dichoso que un Monarca.
¡Ah! Sáqueme usted de penas,
Catalinita de mi alma.
¿Dirá usted que sí? Si no,
voy á meterme en la Trapa.
D.ª Cat. Sería lástima.
D. Joaq. Vamos;
¿qué resuelve usted?
D.ª Cat. ¿Yo? Nada.
D. Joaq. ¡Y con esa frialdad!....
¿Piensa usted que hablo de chanza?
D.ª Cat. ¡Qué quiere usted! ¡Soy tan fria!
D. Joaq. (Sí, lo mismo que una fragua.)
¿No mereceré de usted
que me responda?
D.ª Cat. Mañana.
D. Joaq. ¿Mañana?
D.ª Cat. Ó cualquiera dia.
¿Tiene usted prisa?
D. Joaq. Usted trata
de que yo me vuelva loco.
Vaya; por ahora basta.
Pero ¿podré concebir

alguna dulce esperanza?
D.ª Cat. Sí, señor; espere usted
cuanto le diere la gana.
¿Quién se lo puede estorbar?
D. Joaq. Señora..... Infinitas gracias.
Beso á usted los piés. (¡Qué chusca
es la andaluza! ¡Caramba!)

ESCENA II.

DOÑA CATALINA.

¡Qué apunte es el capitan!
¿Si pensará que me engaña?
¡A buena parte se arrima!
¿Pensará que soy tan fatua
como su prima? Otras prendas
han de tener, otras gracias
mas sólidas los que aspiren
á mi amor. Su petulancia
ridícula.....

ESCENA III.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO.

D. Cánd. Buenos dias,
mi señora.....
D.ª Cat. Yo pensaba
que ya se habia usted muerto.
¡Cómo, en toda la mañana
no saludar á su amiga!
D. Cánd. Disimule usted mi falta.
Quiso que la acompañase
mi tia doña Juliana;
y entre ella y los otros tios
después una hora larga
me han estado predicando
como acostumbran.
D.ª Cat. ¡Canalla!
Hoy mismo me he de mudar
aunque sea á una posada
por no verlos. ¡Qué mal hice
en ceder á las instancias
de don Marcelo!
D. Cánd. A un esclavo
no tratarian con tanta
inhumanidad.
D.ª Cat. ¡Infames!
¿Aun no ha tenido usted carta
de don Bruno?
D. Cánd. No, señora.
Con bastante repugnancia
le escribí, como usted sabe,
y así no extraño que se haya
desentendido. Mi tio
don Marcelo no me engaña.
Él me aborrece; él recuerda
mas bien que mi suerte infausta
la enemistad de mi padre.
¡Ah! ¡Todos me desamparan!—
Pero usted iba á salir
y no debo molestarla.
D.ª Cat. No, señor; no tengo prisa.
Usted no ha perdido nada
en escribir á don Bruno.
No hay duda que si trataba
de estorbarlo don Marcelo,
es porque teniendo fama
de rico y caritativo,
y siendo tan avanzada
su edad, temia que usted
alguna parte heredara
de sus bienes. En verdad
ya me parece que tarda
en contestar. Sin embargo,
no pierdo las esperanzas.
Y si al fin es tan *pariente*
como los demás, no faltan
jamás al hombre de bien
almas benignas y francas
que sin ser tios ni primos
se duelan de sus desgracias.
Don Cándido, nadie sabe
lo que le espera mañana.
La fortuna es caprichosa,
pero no siempre es ingrata.
D. Cánd. Usted dirá lo que quiera;
pero yo no tengo tanta
filosofía. No sé
lo que la suerte me guarda.
Lo cierto es que sobre mí
todas las desdichas cargan,
y en vano es alimentarme
de ilusiones y fantasmas.
D.ª Cat. ¿Ilusiones?—Bien: hablemos
de otro asunto. En confianza
voy á descubrir á usted
cosas de mucha importancia.
Sepa usted que he desbancado
á su cara prima.—Vaya;
¿no celebra usted mi triunfo?—
¿Por qué pone usté esa cara?
D. Cánd. Señora.....
D.ª Cat. ¿Lo siente usted?
D. Cánd. (Yo no sé lo que me pasa.)
D.ª Cat. ¿Tomaria usted á mal
que yo fuese capitana?
D. Cánd. Yo quisiera..... que usted fuese
feliz.
D.ª Cat. Y si me casara
con don Joaquin ¿lo sería?
D. Cánd. Yo no lo sé.—¿Usted le ama?
D.ª Cat. Yo..... ¿Qué me aconseja usted?
D. Cánd. Señora, ¿á usted le hacen falta
mis consejos para amar?
No he visto cosa mas rara.
Yo pensaba que el amor
era una pasion tirana
que sin consultar á nadie
subyugaba nuestras almas.
D.ª Cat. ¿Y de quién lo sabe usted?
D. Cánd. De mí mismo.
D.ª Cat. ¡Calla, calla!
¿Usted tambien tiene amor?
D. Cánd. Sí, señora. ¿Usted lo extraña?
D.ª Cat. ¿Y es usted correspondido?
D. Cánd. No, señora.
D.ª Cat. ¡Con qué calma

lo dice usted!
D. Cánd. ¿No sería
la mayor extravagancia
desesperarme por eso?
¿Me habré de colgar de rabia
por dar gusto á mi rival?
D.ª Cat. Pero ¿quién es esa ingrata?
D. Cánd. Usted..... la conoce mucho:
yo no me atrevo á nombrarla.
D.ª Cat. ¿Sabe ella que usted la quiere?
D. Cánd. Yo no le he dicho palabra;
y ahora me alegro mucho.
D.ª Cat. Pues alabo la cachaza.
¿Esperaba usted acaso
á que ella se declarara?
D. Cánd. Mi situacion.....
D.ª Cat. Es usted
un pobre hombre.
D. Cánd. Yo temblaba.....
D.ª Cat. Pues qué, ¿es alguna serpiente?
D. Cánd. Si fuera yo con las damas
tan feliz como Joaquin.....
D.ª Cat. Será con las que se pagan
del oropel engañoso,
de la frívola elegancia,
de la necia afectacion,
y en fin, de apariencias vanas.
Pero yo que, aunque parezco
coqueta y atolondrada,
tengo el corazon muy limpio
y la cabeza muy sana,
distingo perfectamente
lo que es grano y lo que es paja;
y desprecio como debo
las ridículas monadas
de un adonis confitado
con bucles y sin sustancia.
D. Cánd. ¿Es decir que usted no quiere
á mi primo?
D.ª Cat. Me estomaga,
me fastidia hasta no mas.
D. Cánd. ¡Y con todo usted aguanta
que la enamore! ¡Y tal vez
le podrá muy buena cara!
D.ª Cat. Quiero reirme á su costa.
Quiero dejar humillada
su insolente vanidad
y su impertinente audacia.
En fin, quiero consentirle
para darle calabazas.
D. Cánd. Yo sentiria en extremo
que usted con él se casara;
y temia.....
D.ª Cat. No, hijo mio:
no soy yo tan insensata.
Pero de ese sentimiento
¿se puede saber la causa?
D. Cánd. ¿Pues no sería dolor
que una señora adornada
de tantas amables dotes
de ese mico se prendara?
D.ª Cat. Ya se ve: y usted se explica
con tanto interés, con tanta
energía, que cualquiera
diria.....
D. Cánd. ¿Qué?
D.ª Cat. Que usted no habla
con mucha imparcialidad.
D. Cánd. Y puede ser que acertara,
porque el amor.....
D.ª Cat. [*Afectando enojo.*] ¿Qué? ¿Qué dice
usted del amor?
D. Cánd. ¿Yo?.... Nada.
Quise decir otra cosa.
D.ª Cat. No, señor; usted me engaña.
Y si no, ¿por qué razon
me mira, se turba y calla?
D. Cánd. Y usted ¿qué motivo tiene
para ponerse encarnada?
D.ª Cat. Usted se muere por mí,
y finge que no me ama.
D. Cánd. Y á usted quizá no le pesa,
aunque finge que se enfada.

ESCENA IV.

DOÑA CATALINA. D. CANDIDO. D. ONOFRE.

D. Onof. ¡Voto va! Hoy he descuidado
mi visita cotidiana.—
¿Usted va á salir, mi vida?
D.ª Cat. Sí, señor; si usted no manda
otra cosa. Hasta después.
D. Onof. Vaya usted con Dios, salada.

ESCENA V.

D. ONOFRE. D. CÁNDIDO.

D. Onof. ¡Cáspita, qué aire de taco!
Hoy está la gaditana
de mal temple. Apostaria
á que alguna cerrilada
de las tuyas..... ¿Qué le has dicho?
D. Cánd. ¿Yo? Ni una sola palabra
que la pueda incomodar.
D. Onof. ¿Si querrás enamorarla?
D. Cánd. Bien pudiera ser.
D. Onof. ¿Qué es eso?
D. Cánd. ¡Bueno! Y porque yo la amara
¿sería.....
D. Onof. Sería un crímen;
sería una extravagancia,
una insolencia, un absurdo,
y si yo lo averiguara
te costaria bien caro.
Pues qué, ¿así se cojen gangas?
¡Vaya! Con que yo que soy
un señor de circunstancias;
gracioso, vivo, elegante
y, aunque peino algunas canas,
robusto como una encina
y verde como una grama;
yo que soy un propietario
y tengo muchas medallas,
no me atrevo á pretenderla
aunque me tiene hecho un ascua;
y tú que eres un piojoso
sin chirumen y sin gracia,

¿tienes la desfachatez,
¡pícaro! de requebrarla?
D. Cánd. ¡Tio, por Dios! Usted quiere
que me desespere y haga
una locura.
D. Onof. ¡A su tio
quererle soplar la dama!
D. Cánd. Si yo.....
D. Onof. ¡Bribon! ¿De este modo
tantos beneficios pagas?
D. Cánd. Yo ¿qué beneficios.....
D. Onof. Pero
yo te cortaré las alas.
D. Cánd. ¿Quiere usted dejarme en paz?
D. Onof. Lo mismo eres que una tapia.
Ni consejos, ni desaires,
ni reprensiones te bastan.
Eres incapaz.
[*Quiere irse don Cándido, y le detiene.*]
Espera;
que no quiero que te vayas
sin oir todo el sermon.—
Hombre, ¡que sea tan crasa
tu estupidez! Si la viuda
tus necedades aguanta,
es por burlarse de tí.
¿No conoces la distancia
que hay entre los dos? No sé,
no sé cómo tienes cara
para presentarte á ella.
Y asi...., con tan mala traza.....—
¡Calla! ¿Qué veo? ¡Ya has roto
la levita!
D. Cánd. (Se me acaba
la paciencia.)
D. Onof. Los ojales
desbaratados, las mangas
todas hechas un giron.....
Esto pasa de la raya.
¿Hay valor para romper
en menos de tres semanas
una levita flamante?
Diez años hará por pascua
que la estrené. En tanto tiempo
ni un desgarron, ni una mancha
se ha visto en ella; y con todo,
casi siempre la llevaba.
¡Quién me diria que tú
tan pronto la destrozaras!
¿No es un cargo de conciencia?
Pues ya puedes remendarla,
porque yo no te doy otra.
D. Cánd. Tampoco yo la tomara.
D. Onof. Eso sí; pobre y soberbio.
Aun querrás echarme plantas.
D. Cánd. Demasiado tiempo he sido
humilde con quien me trata
con tan poca caridad.

ESCENA VI.

D. CÁNDIDO. D. ONOFRE. PLÁCIDA.

Plácida. Ya puedes sacar la cama
y los trastos de tu cuarto.
Prontito, que me hace falta
tenerlo vacío. ¿Entiendes?
D. Onof. ¿Qué prisa es esa, muchacha?
¿Quién lo ha de habitar?
Plácida. Gertrudis,
mi nodriza, que ahora acaba
de llegar de Villaverde.
¡Me quiere tanto! ¡Es tan guapa!
Viene á pasar con nosotros
una corta temporada;
y no puedo menos.....
D. Onof. Sí;
es necesario hospedarla
con toda comodidad.
[*A don Cándido.*]
Al instante que se vaya
á su lugar, te prometo
que volverás á tu sala.
Mientras tanto en la guardilla
te acomodas, ó en la cuadra
con los mozos.
D. Cánd. No, señor.
Yo le doy á usted las gracias
por su hospedaje. No pienso
dormir mas en esta casa.
D. Onof. ¡Hola! ¿Con humos me vienes?
D. Cánd. Tio, ya basta de infamias,
y ni de usted ni de nadie
quiero mas tiempo aguantarlas.
Con que asi.....
D. Onof. ¿Cómo se entiende?
¡Pícaro! ¿Tú me amenazas?
¿Tú me pierdes el respeto?
D. Cánd. Tanto es lo que usted me ultraja,
que si no fuera mi sangre
y no mirara á sus canas.....
D. Onof. ¡Insolente! ¡Galopin!
¡Que no tuviera una tranca!

ESCENA VII.

D. CÁNDIDO. D. ONOFRE. PLÁCIDA. DON MARCELO. DOÑA JULIANA.

D. Marc. ¿Qué es eso?
D. Onof. No tienes tú
la culpa, sino el que ampara
á un bribon, á un haragan.
D.ª Jul. Pero bien, ¿cuál es la causa
de tantos gritos? Sepamos
quién.....
D. Onof. ¡Cria cuervos, Juliana,
y te sacarán los ojos!
Plácida. Mire usted; toda su rabia
es solo porque le he dicho
que desocupe su estancia
para alojar á Gertrudis.
D. Onof. Sí, señor; y el muy canalla
se ofende de una medida
tan justa y tan necesaria;
y me levanta la voz;
y se me sube á las barbas.
D. Marc. Mira que ya estoy cansado

de sufrirte.

D.ª Jul. Sí; ya basta
de contemplaciones. Yo
no estoy para templar gaitas.
¡Hola! De fuera vendrá
quien nos echará de casa.
Pues, hijo mio, desde hoy
libro nuevo: yo soy clara.
Si te hemos de mantener,
has de ver cómo lo ganas.
Aquí nos sacrificamos
por tí, pero tú no tratas,
ya que no nos das decoro,
de complacernos en nada.
Se acabó la sopa boba.
¿Lo entiendes? Desde mañana
me harás la compra, hijo mio;
que no está lejos la plaza,
ni creo yo que por esto
la venera se te caiga;
y después.....

D. Cánd. Piadosos tios,
benigna doña Juliana,
amable primita, escuchen
ustedes cuatro palabras.
Yo, no lo puedo negar,
soy mas pobre que las ratas;
pero aunque huérfano y pobre,
tengo vergüenza, á Dios gracias.
El pan que me dan ustedes
de malditísima gana,
ese pan que á todas horas
me echan ustedes en cara,
yo me lo sabré buscar
sin deber á ustedes nada;
yo lo tendré sin bañarlo
con mis lágrimas amargas.
Yo serviré; sí, señores;
pero será sin infamia:
no á parientes despiadados,
sino á mi Rey y á mi patria.
No espero grandes riquezas,
sino peligros y balas;
pero tendré pan y gloria,
que para un soldado basta.
Yo viviré muy gozoso
con mis bravos camaradas,
sin un tio don Marcelo
que siempre ingrato me llama,
cuando peor veinte veces
que á su caballo me trata.
Sin un tio don Onofre
que me insulta y me regaña
sin dejarme responder,
haya motivo, ó no lo haya:
que me ha dado una levita
achacosa, derrotada,
y tan raida que solo
de cepillarla se rasga;
y con todo, es tan tacaño
que por nueva me la pasa,
y de verla destruida
se escandaliza y espanta.
Viviré lejos de un primo
tan pedante como mándria,
que desafía á las gentes
si sus sonetos no alaban,
y luego pide perdon
al que no teme bravatas.
Lejos de una prima tonta,
superficial, sin crianza,
impertinente, aturdida.
Lejos en fin de una vana
y quijotesca señora,
que como esclavo me manda,
y cuando la llamo tia
se enfurece ó se desmaya.—
A todas estas verdades
una que añadir me falta:
cuando uno tiene parientes
de tan perversas entrañas,
no conoce la vergüenza
ni el honor si los aguanta.

ESCENA VIII.

D. ONOFRE. D. MARCELO. DOÑA JULIANA. PLÁCIDA.

D. Onof. ¡Qué sarta de iniquidades!
¿Y hemos podido tragarlas
sin romperle las narices?

Plácida. ¡Llamarme á mí mentecata
y superficial!

D. Marc. Yo siento
que haga una calaverada.

D. Onof. Y bien; ¿qué le hemos de hacer?

D.ª Jul. Bendito de Dios se vaya,
y no parezca en su vida.
Vamos á comer.

D. Marc. ¿No aguardas
á la huéspeda?

D.ª Jul. La tiene
convidada su paisana.
Vamos. Desde hoy habrá paz
y alegría en esta casa.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. D. JOAQUIN. INÉS.

D.ª Jul. Vamos, que hace buena tarde.
Ponte bien esa mantilla.
Plácida. ¿Al Retiro?
D.ª Jul. Sí.
Plácida. ¿Y papá?
D.ª Jul. Ya se marchó á las Delicias
con tu tio don Onofre.
Plácida. Oyes; cuida mi perrita.
Inés. Bien está.
D.ª Jul. ¿Qué tienes tú,
Joaquin? ¿Estás triste?
D. Joaq. Tia,
tengo un esplin de mil diablos.
Plácida. Esa tristeza imprevista
bien sé yo de dónde nace.
Como doña Catalina
no nos acompaña..... ¿Piensas
que aunque soy una chiquilla
se me escapa nada?
D. Joaq. ¡Vaya,
que has tomado una manía
particular! Mi cariño
solo tú, amable primita,
lo mereces.
[*A doña Juliana.*]
¿No es verdad?
D.ª Jul. ¿Quién hace caso de niñas?
D. Joaq. La viudita, bien mirado,
no es una grande conquista;
y como quisiera yo,
tal vez..... Pero me fastidia.
Plácida. ¿Por qué?
D. Joaq. Porque sabe mucho.
Plácida. Ya; tú las buscas tontitas
para engañarlas mejor.
D. Joaq. ¡Qué disparate!
Plácida. Pues mira:
basta que mamá lo manda,
te amaré toda mi vida
como tú me seas fiel;
mas si sé que solicitas
á la viuda, hago las paces,
aunque la mamá me riña,
con el cadete de guardias
que despedí el otro dia.
D. Joaq. No; no llegará ese caso,
dulce y adorada prima.
[*La abraza.*]
D.ª Jul. ¡Niños, niños! poco á poco.
D. Joaq. [*Acariciando á su tia.*]
No se enfade usted, tiita.
Ya ve usted; ¡tengo este genio
tan bullicioso!—¡Qué linda
carretela le han traido
de Paris á Taravilla
mi amigo, el marqués del Junco!
¡Preciosíma! Daria
cualquiera cosa.....—¡Ah! ¿No saben
ustedes una noticia?
¡Cosas como las que pasan
en el mundo! La sobrina
de don Claudio el boticario
salió antes de ayer á misa
y no ha vuelto á parecer.
Su padre está echando chispas.
Anoche me lo dijeron
en casa de doña Higinia.—
Por cierto que desde entonces.....
¡Tengo una suerte maldita!—
¿No sabe usted quién tallaba?
El teniente de milicias
don Toribio. ¡Vaya un cuco!
Se empeñó en echar *judias*
y perdí sesenta pesos;—
pero me cayó una rifa.
D.ª Jul. ¿Sí? ¿Y es cosa de valor?
D. Joaq. No, señora; media libra
de cigarros.—¡Qué bien toca
el piano Dolorcitas!
Su hermano es un botarate.—
Me han dicho que la modista
de ahí enfrente baila bien;
y, aunque está comprometida
con un cesante de Propios.....
D.ª Jul. ¡Jesus, qué tronera! ¿Olvidas
que te estamos esperando?
D. Joaq. Tiene usted razon.—Matías.

ESCENA II.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. INÉS. D. JOAQUIN. MATÍAS.

Matias. Mande usted, mi capitan.
D. Joaq. El sombrero; date prisa,
y el sable.
Matías. Voy al instante.

ESCENA III.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. INÉS. D. JOAQUIN.

Plácida. ¿Si veremos á Conchita?
D. Joaq. ¿Qué habrá sido de mi primo?

D.ª Jul. No me hables de él; que me indigna
su memoria. Aunque le vea
llorar á lágrima viva
y pedirme mil perdones,
no haya miedo que le admita
en mi casa.

D. Joaq. Ha sido un bruto.
Él ha perdido una viña
con dejar á ustedes. No;
no hará tan buena barriga
en el cuartel; y si da
con un cabo loco.....
[*Llega Matías con el sombrero y el sable de don Joaquin.*]

ESCENA IV.

DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. INÉS. D. JOAQUIN. MATÍAS.

D. Joaq. Quita
esa funda, majadero.
[*Toma el sombrero: Matías quita la funda al sable.*]
Él ya ha hecho la tontería
de sentar plaza á esta fecha. —
¡Eh! Su letra no es malita,
y tiene buena figura.
¿Quién sabe..... Si no se vicia
puede ser que haga carrera.
Con veinte añitos que sirva,
basta para ser sargento.
Entonces ya es otra vida:
y luego ¡el premio de nueve! (*)
Vamos, trae.
[*Toma el sable y se lo ciñe.*]
Solicita
una plaza en el resguardo;
la consigue; se retira,
y es feliz. — Eh, ya estoy listo.
Venga la mano.

D.ª Jul. A tu prima;
que yo bajo muy despacio.
[*Vánse don Joaquin y Plácida.*]
Cuida de casa, Inesilla. —
¡Qué talentazo de jóven!
¡Qué imaginacion tan viva!
¡Qué gracia! Vamos; él es
la honra de la familia.

ESCENA V.

INÉS. MATÍAS.

Inés. ¡Jesus, qué gente, Dios mio!
No sé cómo hay quien los sirva.
¡Y qué compasion me da
don Cándido! ¡Qué injusticias,
qué perrerías han hecho
con él! Al cabo le obligan
á una desesperacion.

Matías. Tienen muy malas partidas
estos señores.

Inés. ¡Qué bien
hace en perderlos de vista!
Da lástima, porque al cabo
se crió en buenas mantillas;
pero, no digo un fusil;
el presidio de Melilla
es mas dulce que aguantar
parentela tan indigna.
¡Pobrecito! ¡Y á tu amo
que es un loco, un mariquita,
libertino y jugador,
tantos agasajos! Ira
me da solo de pensarlo.

Matías. Pues no sabes todavía
lo que es bueno. Yo pudiera
decirte ciertas cosillas.....

Inés. ¿Sí? Dímelas.

Matías. No me atrevo.

Inés. Hombre, ¿de mí no te fias?

Matías. Si sabe que le descubro
me arrea un pié de paliza
que no me podré lamer.

Inés. Nada de cuanto me digas
se sabrá, que, aunque criada,
soy de chismes enemiga,
y sé guardar un secreto.

Matías. Pues escucha: en Aljeciras
se jugó siete mil reales
que eran de la compañía,
y por eso estuvo un año
en el fuerte de Chinchilla.
Cuando volvió al regimiento
le nombraron de partida
para perseguir ladrones,
vagos y contrabandistas;
y á todos les daba suelta
si largaban la propina.
¡Vaya un modo de robar
entre él y el sargento Diaz!
Otra vez tuvo un bromazo
en Cabra; cojió una chispa,
y le dió por ser valiente,
y eso que él es muy gallina
con todos menos conmigo.
Entró en casa de unas tias
á la tremenda; y al golpe,
mas prontito que la vista,
le quitó el sable un paisano
y le llevó calle arriba
á leñazos. — ¡Cá! No he visto
hombre mas malo en mi vida.
Los soldados no le quieren;
los cabos le tienen tírria;
los sargentos le desprecian;
los subalternos le silban;
los capitanes le escupen
y los jefes le castigan.
Cuando no está preso, le andan

(*) Ventaja ó sobresueldo mensual de 9 reales que gozan los individuos de tropa, hasta la clase de sargento inclusive, luego que cumplen veinte años de servicio.

buscando, y él cada dia
es peor. Mas trampas tiene
que un sastre dice mentiras,
y en su hoja de servicios
mas notas feas que líneas.

Inés. ¿Y cómo está tanto tiempo
fuera de su cuerpo?

Matías. Chica,
yo no sé. Él lo que es licencia
para Madrid, la tenía;
pero hace ya cuatro meses
que se acabó.

Inés. Si averiguan
su historia.....

Matías. ¡Oh! Sí; nos despiden
á patadas.

Inés. A él le estiman
solo por las charreteras;
y si un dia se las quitan.....

Matías. Mas seguro tendrá eso
que un ascenso.

Inés. Le estaría
muy bien al tonto de mi amo
que le atrapase la hija
y.....

Matías. Buen provecho. A nosotros
¿qué se nos dá?

Inés. A mí maldita
la cosa. [*Suena la campanilla.*]

Matías. Pues á mí.....

Inés. Chito,
que están llamando. Anda; mira
quién es.

ESCENA VI.

INÉS.

¡Qué diablo de casa!
Como doña Catalina
me quisiera recibir.....
Ella es.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA. INÉS.

D.ª Cat. ¿Y la familia?

Inés. Han salido á pasear.

D.ª Cat. ¿Y tambien con ellos iba
don Cándido?

Inés. Segun eso,
¿no sabe usted todavía
lo que pasa?

D.ª Cat. No sé nada.

Inés. Se ha marchado, señorita,
y acaso no volveremos
á verle. Como una niña
he llorado. Sus roñosos
tios y su insulsa prima
le han ajado hasta no mas,
le han hecho mil felonías,
y por fin han apurado
su paciencia. ¡Dijo que iba
á sentar plaza!

D.ª Cat. ¡Qué dices!
¿Y no hubo un alma benigna
que le detuviera? ¡Infames!

Inés. No, señora. A sangre fria
su resolucion oyeron,
y tienen tan malas tripas
que permitieron se fuese
sin comer.

D.ª Cat. ¡Que Dios asista
á una gente tan perversa!
Nada de esto pasaría
si hubiera estado yo en casa.
¡Oh vanidad! ¡Oh avaricia
detestable! (Acaso yo
soy causa de su desdicha;
¡Yo que á hacerle venturoso
estaba tan decidida!)
¡Infeliz! Ya será tarde. —
Si yo pudiera..... Matías
acaso le encontrará. —
Corre; que le busque aprisa
por todo Madrid. ¿Entiendes?
[*Suena la campanilla.*]
Y si le ve, que le diga.....
Mira primero quién llama.

ESCENA VIII.

DOÑA CATALINA.

Las leyes de la milicia
son tales que, si obcecado
en las banderas se alista,
en vano..... ¡Qué veo! Él es.
¡Ay Dios! ¿Si serán tardías
mis lágrimas?

ESCENA IX.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO.

D.ª Cat. ¡Es posible,
don Cándido! ¿Usted olvida,
usted quiere abandonar
á su verdadera amiga?

D. Cánd. Así lo quiere, señora,
la insufrible tiranía
de mis parientes. No hay nada
que me acobarde ó me aflija
en la penosa existencia
que me aguarda. Las fatigas,
las privaciones, los riesgos
serán para mí delicias
lejos de esta gente. Acaso
culpará usted la medida
que he tomado; pero yo
la considero precisa
para salvar mi virtud
que he visto comprometida
tantas veces. Si me quejo
de mi fortuna mezquina,
usted sabe bien por qué,
sin que mi lengua lo diga;

usted que vé en este instante
el fondo del alma mia.

D.ª Cat. Con que en fin ¿ya no hay remedio?
¿Nos deja usted?

D. Cánd. Sí: reciba
usted mi postrer adios.—
En la tienda de la esquina
me han dicho que á pasear
salió toda la familia;
y por eso me he atrevido
á subir.

D.ª Cat. Muy ofendida
debo estar de un proceder
tan injusto. ¿No era digna
de que usted me consultase
primero? ¿Yo sufriría
que el mejor de mis amigos
pereciese, siendo rica,
compasiva y generosa,
aunque lo diga yo misma,
más que todos los parientes
del mundo?

D. Cánd. No me atrevía
á comprómeter á usted.

D.ª Cat. Esa es una intempestiva
delicadeza, que yo
llamo orgullo ó cobardía.
En fin, ya es usted soldado.
¡A bien poco se limita
su ambicion!

D. Cánd. Aun no lo soy.

D.ª Cat. ¡Cómo!....

D. Cánd. Ya estaba extendida
la filiacion; pero el jefe
cuando iba á poner mi firma
me mandó volver mañana,
diciendo que así tendria
lugar de pensarlo bien.

D.ª Cat. No me paga usté en su vida
el mal rato que me ha dado.

D. Cánd. Salí pues de la oficina,
y, resuelto á no mudar
de pensamiento, venía
á despedirme de usted.

D.ª Cat. Agradezco á usted su fina
atencion.—Vamos; ¿y ahora?
¿Es cierta la despedida?
¿Está usted determinado
á incorporarse en las filas
de los valientes?

D. Cánd. Señora.....

D.ª Cat. ¿Podrá usted con la mochila?

D. Cánd. Usted se burla de mí.
¿Acaso es cosa de risa.....

D.ª Cat. No hace mucho que he llorado:
deje usted que ahora me ría.

D. Cánd. ¡Qué escucho! ¿Yo he merecido
que la amable Catalina
llore por mí?

D.ª Cat. Usted va á ver
si soy ó no soy su amiga.
Mire usted: — yo no soy fea;
¿cierto?

D. Cánd. Es usted peregrina;
es usted.....

D.ª Cat. Veinte y cinco años
no es una edad excesiva,
me parece.

D. Cánd. ¡Qué preguntas,
señora, á quien no respira
mas que amor y gratitud.....

D.ª Cat. Yo tengo en Andalucía
haciendas considerables
y en Castilla muchas fincas;
soy viuda, pero sin hijos;
detesto la hipocresía,
y me gusta divertirme,
pero nadie con justicia
puede tachar mi conducta.....

D. Cánd. ¡Ah señora! ¡Qué prolija
digresion! — Perdone usted:
ya sé adónde se encamina
ese discurso. Usted puede
juzgarlo por mi alegría,
por la dulce agitacion.....

D.ª Cat. Me ha gustado mucho el clima
de Madrid.....

D. Cánd. ¡Por Dios! ¿Qué tiene
que ver eso con mi dicha?

D.ª Cat. Es decir que ya una vez
en la córte establecida,
y con tantas circunstancias
para excitar la codicia
de un novio, aspirar pudiera
á bodas muy distinguidas;
pero usted conocerá
que mi corazon se inclina.....

D. Cánd. Basta, señora: no puedo
mas. ¡Oh fineza inaudita!
¡Oh ventura! Yo era amado
de la hermosa Catalina;
¡y la pagaba tan mal
que de sus ojos huía!
Yo soy el mortal feliz
á quien su mano destina;
yo soy.....

D.ª Cat. Eh, poquito á poco,
señor mio. Usted delira.
Vaya, vaya; ¡pues me gusta
la ocurrencia! Usted creía
verse ya..... ¡Buenos estamos!
¡Caramba con el mosquita
muerta!

D. Cánd. (No sé dónde estoy.)

D.ª Cat. Yo soy una buena amiga
de usted; una apasionada
que le proteje y le estima;
pero estimacion y amor
son dos cosas muy distintas.

D. Cánd. Poco debe de estimarme
quien así me martiriza;
quien se regocija en verme
padecer. ¡Ah! yo creía
que era usted mas generosa.

D.ª Cat. ¡Cómo! Mi amistad se obliga
á facilitar á usted
una subsistencia digna
de su cuna y sus virtudes,

sin exigir que me sirva
ni me adule, á imitacion
de su despreciable tia.
Si esto no es ser generosa,
que venga Dios y lo diga.

D. Cánd. ¡Ah! Sí. Pero ¿usted presume
que mi ventura se cifra
en eso solo?

D.ª Cat. ¿Pues qué
quiere usted? ¿Que yo le elija
para marido?

D. Cánd. ¡Señora!....
Quiero que usted me permita
rehusar sus beneficios.

D.ª Cat. Está buena la salida.

D. Cánd. ¿Qué me importan las riquezas,
¡cruel! con que usted me brinda
despues de oir el funesto
desengaño que me priva
de mi mas dulce esperanza?
Yo no debí concebirla;
es cierto, pero quizá
toda la culpa no es mia.
[*Se arroja á los piés de doña Catalina.*]
Tal vez esa misma boca,
que ahora solo conspira
á mi desesperacion,
ha pronunciado propicia
acentos consoladores.
Esos ojos, que me inspiran
tanto amor, tal vez hoy mismo
el placer me prometian.
Sea loca presuncion
en mí, ó en usted perfidia,
jurara que en este instante
mas amorosos me miran;
y yo.....
[*Suena la campanilla. — D. Cándido se levanta.*]

D.ª Cat. Levántese usted,
que tocan la campanilla.
(¡Y á qué buen tiempo! Si tardan
dos minutos, soy perdida.)

ESCENA X.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.

D. Brun. ¡Cándido!

D. Cánd. No; no me engaño. —
Él es. ¡Tio de mi vida! [*Se abrazan.*]

D. Brun. ¡Tan mal vestido!.... Ya veo
que en tu carta no mentias.

D.ª Cat. Aquí le han hecho penar
mas de lo que usté imagina.
¡Qué parientes! Juzgue usted
cuán deplorable sería
su situacion, cuando hoy mismo.....
Pero ruego á usted se sirva
pasar á mi habitacion,
y allí.....

D. Cánd. Sí; usted necesita
descansar.

D. Brun. Como usted guste.
¿No están en casa.....

ESCENA XI.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.
D. JOAQUIN.

[*Don Joaquin entra precipitado con direccion á su cuarto.*]

D. Joaq. ¡Maldita
memoria! ¡Haberme dejado
una cosa tan precisa!
¡Mi lente! — Ah, estoy á los piés
de usted, bella Catalina.
¿Usted no pasea?

D.ª Cat. No.

D. Joaq. Es usted muy egoista.

D.ª Cat. Mil gracias por el obsequio.

D. Joaq. Los elegantes se privan
por la pereza de usted
de la cara mas bonita
y el cuerpo mas agraciado
que tiene Madrid. — Matías. —
Hoy está muy concurrido
el salon. Hace buen dia. —
¿Usted va á salir?

D.ª Cat. No.

D. Joaq. Como
la veo á usted de mantilla.....

ESCENA XII.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.
D. JOAQUIN. MATÍAS.

Matías. ¿Qué manda usted?

D. Joaq. Trae mi lente;
sin arrugarme la cinta.
Corre.

ESCENA XIII.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.
D. JOAQUIN.

D. Joaq. Vaya; ¿quiere usted
venir al Prado, alma mia?
Sí; venga usted. Aun podemos
dar cuatro vueltas.

D.ª Cat. Se estima.

D. Joaq. [*Aparte á doña Catalina examinando á don Bruno.*]
¿Qué apunte es ese?

D.ª Cat. No sé.

D. Joaq. Me choca mucho. Él me mira
con una atencion..... — Adios,
primo mio. No te habia
visto. ¿Has sentado ya plaza?
[*Vuelve Matías con el lente, lo da á su amo y se retira.*]

Matías. Aquí está el ente.

D. Joaq. ¿En marina,
ó en guardias? — ¡Qué bien has hecho
en sacudir la polilla
y largarte de esta casa!
Yo no sé cómo sufrías

tantos ultrajes. — A mí
me adulan y me acarician
porque soy hombre de pro
y esperan que con mi prima
me case. Yo no la quiero,
porque es una coquetilla.
Ella, sí, tiene buen dote;
y en muriendo el estantigua
de don Bruno.....
[*Violento gesto de cólera en don Cándido.*]

D. Brun. [*En voz baja.*] Disimula.

D. Joaq. Que es, segun tengo noticias,
muy bruto, pero muy rico,
es regular que la niña
lo herede; mas otro amor
es el que á mí me electriza.
[*A doña Catalina.*]
¿No es verdad? — El tio Marcelo
es tal cual; pero la tia
es muy cócora. ¿Y el tio
don Onofre? Me fastidia,
me degüella. — Harás muy mal
en volverle la levita. —
¡Ah! Me olvidaba: si quieres
servir en caballería
te traeré á mi regimiento.
Antes de pasar revista
te tomaré de asistente
y así tu suerte se alivia:
al fin no comes en rancho
ni haces ninguna fatiga.
¡Qué tarde es yá! — Abur, madama. —
[*Mirando á don Bruno con su lente.*]
(¡Huf! ¡Qué facha tan antigua!)

ESCENA XIV.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. BRUNO.

D. Brun. ¡Dios mio! ¿Y este es el jóven
de quien Marcelo me hacía
tantos elogios? ¿Es este
á quien destina su hija?

D.ª Cat. Sí, señor; tal para cual.
No sé yo quién perderia
de los dos. A ese tronera
se le obsequia, se le mima
y..... Vamos, vamos adentro.
Oirá usted maravillas.
[*Entran en el cuarto de doña Catalina.*]

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. BRUNO. D. CÁNDIDO.

[*Salen del cuarto de doña Catalina. Don Bruno deja su sombrero sobre una silla.*]

D. Brun. ¡Qué franca es esta señora!
Parece que se interesa
en tu suerte.

D. Cánd. Sí, señor.
Le debo muchas finezas.
En medio de mi desgracia,
su bondad, sus nobles prendas,
su trato afable y ameno,
y en fin su amistad sincera
me han hecho menos amarga
la vida. La Providencia
aquí sin duda la trajo
para mi consuelo.

D. Brun. ¿Y piensa
establecerse en la córte?

D. Cánd. Como parte de sus rentas
las tiene en este país,
va á fijar su residencia
en Madrid, segun ha dicho,
y mientras se le presenta
una buena habitacion,
en esta casa se hospeda
bien á su pesar.

D. Brun. Lo creo.

D. Cánd. No confrontan las ideas
de mis tios con las suyas.

D. Brun. No deben de ser muy buenas
cuando á un sobrino carnal
porque es pobre menosprecian,
y á otro menos inmediato
por llevar dos charreteras
le colman de beneficios,
le distinguen y contemplan,
siendo insolente, vicioso,
sin talento y sin vergüenza.
Pero si tantos parientes
tienen entrañas de piedra
en este mezquino siglo
de vanidad y miseria;
todavía no están todos
prostituidos. Aun quedan
algunos que sin rubor
del infortunio se duelan. —
Bien conoces que yo debo
tener de tí muchas quejas.
Sabiendo cuánto te amaba

desde tu infancia mas tierna,
hiciste muy mal.....

D. Cánd. Confieso
mi culpa. Con tantas pruebas
del buen corazon de usted
debí llegar á su puerta
antes que á ninguna; pero
me acordaba de la afrenta
que sufrió usted de mi padre
poco antes de que muriera,
y temía.....

D. Brun. Yo perdono
á tu poca edad la ofensa
que me hiciste. Aun dado caso
que yo conservar pudiera
á tu padre algun rencor,
cosa que siempre fué opuesta
á mi carácter; pensar
que á un hijo suyo trascienda
es un error. En fin, no
se hable mas de la materia.
Todo lo olvido; y muy lejos.....

ESCENA II.

D. CÁNDIDO. D. BRUNO. INÉS.

Inés. [*Con luces que deja sobre una mesa.*]
Señor, ahora mismo entran
mis amos.

D. Brun. Bien: ¿dónde están?

Inés. Han pasado á la otra pieza
á refrescar. Yo he callado
para que usted los sorprenda.

D. Brun. Bien; te lo agradezco.
[*Inés entra con una luz al cuarto de doña Catalina, la deja dentro y vuelve á salir.*]
Escucha,
Cándido: la conferencia
con mis primos será corta.
No conviene que te vean
por ahora. Mientras tanto,
[*Le da dinero.*]
toma. Vete á cualquier tienda
donde vendan ropas. Compra
lo que necesites, y echa
á un basurero esos trapos.
¿Entiendes? No te detengas
en el precio. — Ah, tambien te hace
falta un sombrero. En la Puerta
del Sol lo puedes tomar.
Bastante dinero llevas
para todo. Vete luego
á la Fontana (*), y espera
hasta que vaya por tí.

D. Cánd. ¡Ah! Mi gratitud extrema.....
[*Quiere arrodillarse y don Bruno le detiene.*]

D. Brun. ¿Qué vas á hacer? — Vamos, anda,
que es tarde.

D. Cánd. ¡Qué diferencia!

ESCENA III.

D. BRUNO. INÉS.

D. Brun. Muchacha, enséñame el cuarto
donde tus amos refrescan.

Inés. Con mucho gusto.
[*Señalando á lo interior desde la puerta de la entrada.*]
Abra usted
esa puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

INÉS.

Ya sé yo que la visita
no vá á ser muy lisonjera
para ellos. Es difícil
que le engañen, que á esta fecha
ya está informado de todo.
Yo le he dicho cosas buenas,
y la huéspeda á fé mia
no se ha mordido la lengua.
Don Cándido vá á salir
de opresion y de miseria.
¡Cuánto me alegro!

ESCENA V.

D. JOAQUIN. INÉS.

D. Joaq. [*Con sombrero y sable.*] ¡Qué lance
de los diablos! ¿Quién creyera
que habia de ser don Bruno
ese vejete postema?
Me he quedado tonto. ¡Vaya
una cara de baqueta!
La fortuna es que he podido
largarme antes que me viera. —
¡Hola, Inesilla! Me alegro
de verte sola. ¿En qué piensas? —
Dame un abrazo: ya sabes
que te quiero. Con franqueza.

Inés. Déselo usted á su prima:
yo no lo gasto.

D. Joaq. No seas
tan huraña. Ven.....

Inés. Pasito.
Las manos quietas y secas.

D. Joaq. ¡Eh, tonta! ¿Qué sabes tú
lo que es bueno?

Inés. ¿Soy yo de esas
de por ahí?

D. Joaq. Vamos, hija:
¿á qué tanta resistencia?
Ya veo que no lo entiendes.

(*) Fonda y café célebres, que ya no existen.

Anímate: ¿qué te cuesta?
[*Quiere abrazarla; Inés le dá un empellon y escapa.*]

Inés. Aparte usted, espantajo,
títere.

ESCENA VI.

D. JOAQUIN.

¡Maldita seas!
¡Canario, qué fuerza tiene!
Si me descuido me estrella.
¡Tambien se ven heroínas
entre estropajo y cazuelas!—
Bien empleado me está
por requebrar á una bestia. —
Con esto, y con que me deje
á la luna de Valencia
la viudita, la he logrado.
Esta ocasion es muy buena
para atacarla. Allá voy.
¡Animo! [*Levantando el picaporte.*]
¿Dá usted licencia,
Catalinita?

ESCENA VII.

D. JOAQUIN. DOÑA CATALINA.

D.ª Cat. [*A la puerta de su cuarto.*]
¿Quién llama?

D. Joaq. ¿Quién ha de ser? Quien se pela
de amor desde que ese talle
por la córte se pasea.

D.ª Cat. Bueno: ¿y qué es lo que usted quiere?

D. Joaq. Yo quiero que usted me quiera;
quiero que usted sea mia;
quiero que no me entretenga
con frívolas esperanzas
que queman y no calientan;
quiero que usted reconozca
la extraordinaria fineza
de amarla mas que á mi prima,
á pesar de que está muerta
por mis pedazos; en fin
quiero que usted se convenza
de que yo voy á morirme
como usted no se resuelva
á darme esa blanca mano
en la santa madre iglesia.

D.ª Cat. Pues bien; yo quiero que usted
me deje en paz y no vuelva
con esas majaderías
á romperme la cabeza;
quiero que se desengañe
de que es un fátuo, un tronera;
quiero que usted se persuada
de que ninguna que tenga
dos dedos de frente debe
escuchar á usted siquiera,
y que si yo he tolerado
hasta ahora sus simplezas,
ha sido para burlarme
de su presuncion grosera.

D. Joaq. Pero escuche usted.....

D.ª Cat. Abur.
[*Entra en su cuarto y cierra por dentro.*]

ESCENA VIII.

D. JOAQUIN.

¡Eh! Ya me dió con la puerta
en los hocicos. ¡Lucidos
estamos! ¡Que esto suceda
á un hombre de mi calibre! —
Armémonos de prudencia
y resignacion. Yo..... bien
le diría cuatro frescas;
pero mejor es dejarlo. —
¡Qué calabazas tan netas
me ha espetado! Estoy furioso.
¡Aunque tuviera epidemia!
¡Qué modo de despacharme
tan seco! — Y hasta la puerca
de Inesilla..... Pero ¿yo
me apuro por bagatelas?
La viudita es buen bocado:
mucha lástima es perderla;
no por su cara, que al fin
si se la mira de cerca
no vale cosa. Mejor
es Placidita. Sí; treinta
veces; y es una chiquilla
que haré lo que quiera de ella.
Ea, á mi prima me atengo;
y para que no se vuelva
la boda agua de cerrajas,
voy á pedir la licencia
mañana mismo. — Y ahora
¿*quid faciendum*? — La comedia
de esta noche no me gusta.
¿Me iré al café de Venecia?
Sí; y desde allí á la partida
de los cucos.

ESCENA IX.

DOÑA JULIANA. PLACIDA. D. JOAQUIN.

D. Joaq. ¡Oh mi bella
primita! ¡Oh tú que de todas
las *Plácidas* de la tierra
eres la que mas me *place*
por ser la mas *placentera*!
Me tienes enamorado
hasta la crisma.

Plácida. ¿De veras?

D.ª Jul. ¡Qué cumplimiento tan fino!
¡Lo que vale ser poeta!

D. Joaq. ¡Dulce tia á quien me une
la simpa-tia mas tierna,
simpa-tia que será
muy en breve simpa-suegra!
¿Cuándo aquí del himeneo
arderá, *tia*, la *tea*?

D.ª Jul. ¡Bravo! ¡Bravo! Muy bien dicho.
¡Qué donaire! ¡Qué agudeza!

D. Joaq. El mismo *Gerardo Lobo*
para mí es niño de teta.
¡Tengo yo mucha sintaxis!
D.ª Jul. Ya se conoce.
D. Joaq. Y mi vena
es un torrente.
D.ª Jul. Lo creo. —
Mira que quiero que vengas
á acompañarnos.
D. Joaq. ¿Adónde?
D.ª Jul. Pronto daremos la vuelta.
Plácida. Es dos puertas mas arriba.
D.ª Jul. Sí; á casa de Genoveva.
D. Joaq. Con ustedes iré yo
aunque sea á Filadelfia.
Plácida. Por no ver al tio Bruno.....
D.ª Jul. Ha sido mucha imprudencia
venirse sin avisar.
Plácida. ¡Tiene una cara tan séria!
D.ª Jul. Aunque él no se explica claro
y disimula sus quejas,
á mí me ha estado pudriendo
la sangre con indirectas.
Plácida. Pues ¿y la ridiculéz
de arquear tanto las cejas
porque yo no le miraba
y jugaba con mi perra?
D. Joaq. Lo gracioso es que esta tarde
le hice una burla sangrienta
sin conocerle.
Plácida. Me alegro.
D. Joaq. De esta hecha te deshereda.
Plácida. ¿Qué me importa? A mí ninguna
falta me hacen sus talegas.
D.ª Jul. Ocultarle el paradero
de Cándido, es lo que lleva
muy á mal á mi entender;
pero como es tan babieca
le hará creer mi Marcelo
todo lo que nos convenga.
No tengais cuidado. Ya
le han tomado por su cuenta
entre mi cuñado y él.
Aunque á Cándido proteja,
no por eso.....
D. Joaq. ¿A qué queremos
calentarnos la cabeza
sobre ese particular?
Allá los viejos se avengan.
Hablemos de nuestra boda,
que es lo que mas interesa.
¿No es verdad?
Plácida. ¿Y la viudita?
D.ª Jul. Siempre estás con esa tema.
D. Joaq. ¡Disparate! Sobre ser
plato de segunda mesa,
es mujer que me encocora.
Plácida. Vaya; yo sé que la obsequias.
D. Joaq. Estás muy equivocada;
y si no, para que veas
que no la puedo tragar,
aunque la lleve pateta,
delante de todo el mundo
le voy á decir que es fea.
Plácida. Bueno; eso es lo que yo quiero.
D. Joaq. Tú quedarás satisfecha.
Plácida. Está muy bien; pero mira
que no quiero que me vuelvas
á dejar sola en el Prado,
como esta tarde.
D. Joaq. ¿Y te quejas
por eso? ¡Valiente injuria!
¿Qué querias tú que hiciera
sin lente? Poco tardé:
antes que dieses dos vueltas
ya me habia reunido.
Plácida. Como la mamá se sienta
y nos deja solos.....
D. Joaq. Vamos;
y tú ¿por qué hacías señas
á todos los *lechuguinos*? (*)
Plácida. Eso no vale la pena.
Otras veces me las hacen
ellos á mí.
D. Joaq. Me hace fuerza
esa reflexion.
D.ª Jul. ¡Que siempre
os piqueis por bagatelas!
Vaya; ¿vamos, ó me siento?
D. Joaq. Vamos á donde usted quiera,
mamá, que ya lo es usted
para mí desde esta fecha.
¡Ah, qué boda tan brillante!
¿Bailará usted en la fiesta?
Por supuesto. ¡Qué felices
vamos á ser!
D.ª Jul. ¡Dios lo quiera!
D. Joaq. Y á los diez meses....., lo mas,
cuente usted con una nieta.

ESCENA X.

INÉS.

Ya se fueron. La mejor
ocasion del mundo es esta
para hablar con la andaluza
sin que ninguno lo entienda.
¡Oh! como pueda lograr
que me tome de doncella.....
¿Y por qué no? Ella me quiere;
yo sé todas las haciendas
de una casa; yo soy fiel;
no tengo nada de lerda,
y así, á mi paso..... Es verdad
que soy algo bachillera
y.....

(*) Apodo que por algun tiempo ha prevalecido para designar á los mozalbetes adamados qne antes se llamaban *petimetres* y *currutacos*.

ESCENA XI.

INÉS. UN SOLDADO.

Soldado. ¡Ave María!
Inés. ¿Quién es?
¿Quién le ha dado á usted licencia
para entrar aquí?
Soldado. ¿A mí? Naide.
La puerta de la escalera
está abierta, y me he colao.
Inés. ¡Pues! sin duda aquel veleta.....
Soldado. ¿No vive aquí un capitan
de á caballo?
Inés. Aquí se hospeda.
¿Qué trae usted?
Soldado. Este plego
de la ispecion.
Inés. Bueno; venga. [*Lo toma.*]
Soldado. ¿No está en casa?
Inés. No; ha salido.
Se le dará cuando vuelva.
Soldado. Pues es que yo no me voy
sin llevarme la cubierta;
que así lo tienen mandao.
Inés. [*Rompe el sobrescrito y se lo da.*]
Tome usted y no nos muela.
Soldado. A mí en cosas del servicio.....
¿Está usted? Pues. Aunque fuera
con mi padre..... Yo sé bien
mi obligacion.
Inés. ¿Quién lo niega?
Soldado. Y no soy dengun reculta,
que ya tengo *los noventa* (*).
¿Está usted?
Inés. Bien; vaya usted
con Dios.
Soldado. Y por mar y tierra
soy siempre Alonso Morata.
¿Está usted? — Adios, morena.

ESCENA XII.

INÉS.

¿Qué papelotes son estos?
¡Caramba! ¡Que no supiera
leer! ¡Qué letras tan gordas!
Y aquí hay un sello.....

ESCENA XIII.

D. BRUNO. INÉS.

D. Brun. Vilezas
semejantes no se han visto
desde que hay parientes. Piensan
justificar su conducta
levantando mil groseras
calumnias al pobre jóven.
¡Oh! Buen petardo se llevan.
Yo les haré ver.....
[*Toma el sombrero y al irse repara en Inés.*]
¿Qué estás
leyendo?
Inés. Sí; eso quisiera,
pero me estorba lo negro.
La culpa tuvo mi abuela
que no me dejó aprender
mas que á hilar y hacer calceta.
D. Brun. ¿Quién te ha dado esos papeles?
Inés. Un soldado; y á la cuenta
son papeles de importancia,
porque es de molde esta letra.
Son para don Joaquinito,
segun ha dicho. Era fuerza
el sobrescrito entregarle,
y por eso.....
D. Brun. Qué ¿está fuera
Joaquin?
Inés. Sí, señor.
D. Brun. ¿A ver?
Veamos. [*Toma los papeles y los lee.*]
Inés. (No; como pueda,
aunque me cueste el salario
de un año, hasta que yo aprenda
de letras.....
D. Brun. [*Guarda los papeles.*]
Mira: es preciso
que en la casa no se sepa
que has recibido tal pliego.
¿Lo oyes? Y que nadie entienda
que yo guardo estos papeles.
Inés. Está muy bien. Usted pierda
cuidado.
D. Brun. [*Le dá un doblon.*]
Toma; y silencio.
Inés. Me echaré un nudo á la lengua.

ESCENA XIV.

INÉS.

¿Qué misterio será este?
Es tan grande mi impaciencia
que el doblon y mas daría
por saber lo que se encierra
en esos papeles. ¡Soy
tan curiosa!.... Esta reserva
de don Bruno..... Apostaría
á que tienen mala cena
mis amos. Allá veremos.
Segun son las apariencias,
esta calma está anunciando
una borrasca deshecha.
[*Entra en el cuarto de doña Catalina.*]

(*) Premio de 90 reales mensuales adquiridos á los veinte y cinco años de servicio.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

D. ONOFRE. D. MARCELO.

D. Onof. Bien. Tú dirás lo que quieras;
pero Bruno te da perro.
D. Marc. El se desenojará.
D. Onof. Ya verás.
D. Marc. Nuestros esfuerzos
en condenar la conducta
de Cándido han hecho efecto
á mi parecer.
D. Onof. Yo juzgo
que no está muy satisfecho
de nuestras disculpas. Ellas
son muy débiles al menos.
D. Marc. Yo no siento que se lleve
á Cándido, como temo.
Con tal que Plácida, ya
que se frustren mis deseos
de verla un dia heredera
de sus caudales inmensos,
logre que aumente su dote
con diez ó doce mil pesos,
cosa que á él nunca podría
arruinarle, estoy contento.
D. Onof. Como él te dé ni diez cuartos
que me corten el pescuezo.
D. Marc. Le instaré, le adularé,
no omitiré ningun medio
de ganarle. — En un buen padre
es natural el desvelo
de acomodar á sus hijos;
y aunque á la verdad poseo
bastantes fondos, ya ves,
si á Plácida casar puedo
sin desmembrarlos, ¿qué mal
me vendrá?
D. Onof. ¡Oh! Por supuesto.
D. Marc. Ya no tardarán. Yo voy
aquí cerca en un momento
á traerme á los muchachos
y á Juliana. Pronto vuelvo.
D. Onof. ¿Y por qué querrá que todos
reunidos le esperemos?
¿Habrá reconciliacion?
D. Marc. ¿Quién lo duda? Ese es su objeto.

ESCENA II.

D. ONOFRE. DOÑA CATALINA.

D. Onof. Yo pienso muy al contrario.
No tiene él cara..... ¡Oh portento
de hermosura!
D.ª Cat. [*Saliendo de su cuarto.*]
¿No ha venido
don Bruno? [*Se sienta.*]
D. Onof. No, mi embeleso,
no ha venido todavía.
Pero ¿á qué viene ese ceño
conmigo? ¿Se ofende usted
de que la adore?
D.ª Cat. Me ofendo.
Yo no gusto de esas chanzas.
D. Onof. ¿Acaso yo me chanceo?
Si es usted fisonomista
conocerá todo el nervio
de mi amorosa pasion
en mi cara.
D.ª Cat. ¿Será cierto
que está usted enamorado
de mí?
D. Onof. (Sí; de tu dinero.)
¿Y le quedará á usted duda
si ahora mismo prometo
ser su marido, y mañana
lo cumplo?
D.ª Cat. ¡Qué! No lo creo.
Y luego ¿qué adelantamos
con que usted pretenda serlo
si no me acomoda á mí?
D. Onof. Pero ese es mucho despego
para un amante, hija mia.
D.ª Cat. ¡Qué quiere usted! Es mi genio.
D. Onof. Eso no me satisface.
Dígame usted sin rodeos
ahora mismo por qué causa
rehusa mi casamiento;
que á mí no se me repulsa
sin mas ni mas.
D.ª Cat. ¡Fuerte empeño!
Pues, señor, yo no me caso
con usted, porque no quiero.
D. Onof. Esa franqueza me gusta.
Vea usted; ya estoy contento
y resignado. A otra parte
con la música.

ESCENA III.

DOÑA CATALINA. D. ONOFRE. D. MARCELO.
DOÑA JULIANA. PLACIDA. D. JOAQUIN.

D.ª Jul. Veremos
con qué embajada nos viene
el señor don Bruno.
[*Se sientan todos.*]
Plácida. Pero

¿nos tendrá toda la noche
esperando?

D. Joaq. Nada bueno
espero yo de tal ente.

Plácida. ¡Qué fastidio!

D.ª Cat. (¡Qué groseros!
Ni siquiera me saludan.)

D. Joaq. [*A doña Juliana.*]
¿No ve usted qué circunspecto
y qué formalote estoy?

D.ª Jul. Es que ya vas pareciendo
marido.

D. Onof. [*A doña Catalina.*]
Esta gente tarda.

D.ª Cat. Sí. Yo tambien los espero
con impaciencia.

D. Marc. ¿Usted?

D.ª Cat. Yo.

D.ª Jul. ¿Y á qué fin?
[*Suena la campanilla.*]

D.ª Cat. Se verá presto.

Plácida. La campanilla ha sonado.

D.ª Jul. Eh, ya están aquí.

D.ª Cat. (Me alegro,
porque estaba consumida
con esta gentualla.)

ESCENA IV.

DOÑA CATALINA. DOÑA JULIANA. PLÁCIDA. D. ONOFRE. D. MARCELO. D. JOAQUIN. DON BRUNO. D. CÁNDIDO.

D. Brun. Siento
no haber podido venir
mas pronto.

D. Marc. Déjate de eso.
Vamos, sentaos.
[*Se sientan don Bruno y don Cándido.*]

Plácida. [*En voz baja.*] ¡Mamá!
Ya está vestido de nuevo.
Parece otro.

D.ª Jul. No te rias.

D. Joaq. (Ya me canso de estar sério.)

D. Marc. [*A don Cándido.*]
¿Piensas ya con mas cordura?
Sabe Dios el sentimiento
que nos has dado. Otra vez
domina un poco tu genio.....

D. Brun. Dejémonos de sermones,
que ya son fuera de tiempo.

D. Marc. Esto no es reconvenirle;
aunque bien pudiera hacerlo,
que al fin siendo tio suyo.....

D. Brun. Sí; pero ningun derecho
tienes para maltratarle.

D. Marc. Pues ¿acaso yo.....

D. Brun. Marcelo,
estoy muy bien informado.
No nos cansemos.

D. Marc. Ya veo
que me han calumniado.

D. Brun. Basta.
Yo sé que no.

D. Marc. ¿Pero tengo
la culpa yo de que sea
imprudente y altanero?
Aquí se le aconsejaba.....

D. Brun. Primo mio, con consejos
no se come. Fácil es
ser generoso á ese precio.

D.ª Jul. [*Se levanta y todos en seguida.*]
¡Dale con las indirectas
y el tono de misionero!

D. Brun. ¡Juliana!

D.ª Jul. Mira que ya
estoy hasta los cabellos
de oir tus impertinencias.

D. Brun. Tranquilízate, que luego
cesaré de incomodarte.

D. Marc. [*Aparte á doña Juliana.*]
Disimula.

D. Joaq. (Vamos; esto
no para en bien.)

D. Brun. Como estoy
de todas veras resuelto
á cortar mis relaciones
con todos vosotros, quiero
despedirme para siempre.
El villano tratamiento
que ha sufrido á vuestro lado
un jóven, digno por cierto
de mas consideracion
por su honradez, sus talentos,
su desgracia; en fin, por ser
hijo de un hermano vuestro,
me obliga á romper los nudos
de la sangre que me unieron
á vosotros.—No creais
que me apartaré por esto
de haceros un beneficio
si, como yo no lo espero,
necesitais algun dia
de mí.—Yo ya soy muy viejo.
Poco me puede engañar
la fortuna; mas si llego
por mi desgracia á tener
que mendigar el sustento,
no será, no, en vuestra puerta
donde se estrellen mis ruegos.—
En cuanto á Cándido, libres
estais del enorme peso
de su subsistencia. Yo
desde ahora le protejo,
y de nadie necesita.
En mí tendrá un padre tierno,
un bienhechor y un amigo;
y me sobra fundamento
para esperar que jamás
me arrepentiré de serlo.

D. Cánd. ¡Mi padre! ¡Oh título dulce
y consolador! Lo acepto
con todo mi corazon.
Las lágrimas con que riego
esta mano protectora.....

D.ª Cat. Basta; que yo me enternezco
tambien, y no viene al caso,
don Cándido, que lloremos

cuando debemos pensar
en el baile y el bureo
de la boda.

D.ª Jul. ¿De qué boda?

D. Onof. Esta es otra.

D. Joaq. Yo estoy lelo.

D.ª Cat. Ahora me toca á mí.
Un poquito de silencio. —
Yo he sido testigo fiel
de todos los improperios
y vilezas que ha sufrido
don Cándido, y del exceso
de su bondad y paciencia
entre parientes tan perros.
Yo que sé compadecer
los infortunios ajenos,
y no soy indiferente
al mérito verdadero,
dias ha que concebí,
señores, el pensamiento
de hacer su felicidad
y la mia al mismo tiempo
uniendo nuestros destinos
con un dichoso himeneo.
Don Cándido no ignoraba
que me debia un afecto....,
de amistad, al parecer,
pero en realidad mas tierno.
Desde el momento le hubiera
revelado mi proyecto
á no habérmelo estorbado
el orgullo de mi sexo. —
Pero, en fin, llegó la hora
de entregar mi mano, en premio
de su ternura, á quien ya
de mi corazon es dueño.

D. Cánd. ¡Ah! ¡Qué dulce recompensa!
¿A quién en el universo
podré yo envidiar ahora?

D.ª Cat. La verdad: ¿no es mejor esto
que sentar plaza?

D. Onof. [*Aparte con los de su partido.*]
¿Qué tal?
¡Y yo creí que era lego!—
Pero ¿cómo la ha podido
engatusar?

D. Joaq. No lo entiendo.
Lo cierto es que las mujeres
tienen el diablo en el cuerpo.
Siempre escojen lo peor.

D.ª Jul. Vámonos; que yo no puedo
sufrir mas.

D. Brun. [*Abrazando á doña Catalina y don Joaquin.*]
¡Venid! Entrambos
me servireis de consuelo
y de alivio en mi vejez.
Todo cuanto yo poseo
será para vuestros hijos.
Ya no nos separaremos
jamás.

D. Onof. [*Aparte con don Marcelo.*]
Chico, tu esperanza
cuéntala ya con los muertos.

D. Marc. Ya lo veo.

D.ª Jul. [*A don Bruno.*]
¿Has acabado?
Pues tambien aquí tenemos
motivos de regocijo.
Si tú estás tan satisfecho
porque á un sobrino prohijas;
con mayor razon debemos
nosotros felicitarnos
teniendo un estorbo menos.
Otro sobrino nos queda
mas amable y menos necio;
y tambien por nuestra parte
habrá boda y bailaremos.

D. Marc. Sí; venid.
[*Va á unir las manos de don Joaquin y Plácida.*]
Dadme esas manos.....

D. Brun. Aguarda. — Ahora que me acuerdo,
lee primero esos papeles
que han remitido á tu yerno
de la inspeccion general.
[*Toma don Marcelo los papeles y los lee para sí.*]

D. Joaq. ¡Eh! ¿qué papeles son esos?

D. Brun. Deja que el tio los lea. —
La criada ha abierto el pliego
en que venian, no estando
tú en casa. Yo llegué á tiempo
de quitárselos sin dar
lugar.....

D. Joaq. Pero ¿usted.....

D. Marc. ¡Qué veo!

D. Joaq. ¿Pero usted los ha leido?

D. Brun. Sí.

D. Joaq. ¿Qué dicen?

D. Brun. Yo no entiendo
la milicia. — Me parece
que se trata de un ascenso.

Plácida. ¡Un ascenso, mamá!

D.ª Jul. Calla;
á ver qué dice Marcelo.

D. Joaq. Comandante de escuadron;
¿Eh?

Plácida. ¡Comandante!

D. Marc. Me alegro
de tener esta noticia
á tan buen tiempo.

D.ª Jul. ¿Sí? ¿Es cierto
que han ascendido á Joaquin?

D. Marc. ¿Ascender? ¡A buen sujeto
ascenderian! ¡La escoria,
el oprobio de su cuerpo!

Plácida. Eh, papá; usted se chancea.

D. Marc. Si me descuido te pierdo.

D. Onof. Pero en fin esos papeles
¿qué contienen? Acabemos.

D. Marc. ¿Qué? Su licencia absoluta
por vicioso y por inepto.

D. Joaq. ¡Cómo!

D.ª Jul. ¿Y es posible.....

D. Marc. Toma:
[*Toma don Joaquin los papeles y los lee aparte.*]

diviértete.

D.ª Jul. Aun no me atrevo
á darle crédito.

D.ª Cat. (¡Adios
boda!)

Plácida. [*A doña Juliana.*]
No; ya no debemos
dudarlo. Mire usted cómo
muda de color. Bien puedo
buscar otro novio.

D.ª Jul. Sí.

D. Joaq. Pues, señor, estamos frescos.

D. Onof. Con que ¿es verdad.....

D. Joaq. Sí, señor.
Me he quedado sin empleo.—
¡Eh! yo no lo extraño. Chismes,
envidias del regimiento.
El coronel me tenia
entre ojos. Los compañeros.....
La mujer del comandante
que es vengativa en extremo.....
Si yo la hubiera obsequiado
como deseaba..... Pero
¡si es una arpía!

D. Onof. Eso es
una bicoca. Ten pecho
y no te apures..... Tú sabes
cuánto vale un buen consejo
en ocasiones como esta.
Si presumes que yo puedo
dártelo, pierde cuidado:
desde ahora te lo ofrezco
de muy buena voluntad.

D. Joaq. Por supuesto. Siempre cuento
con la proteccion de ustedes.—
Creo que este contratiempo
no será un inconveniente
para la boda..... Yo pienso.....

D.ª Jul. Sobrino, han variado mucho
las circunstancias. No es esto
despreciarte; pero al fin
soy madre y todo mi anhelo
se funda en el bien estar
de mi hija. ¡Sin empleo;
sin reputacion, sin bienes!
¡Iba á buscar un buen yerno!
Y lo peor es, perdona,
que el honor comprometemos
de Placidita si en casa
permaneces por mas tiempo.
Todo Madrid sabe ya
que has sido su novio, y quiero
evitar murmuraciones.
¡Cómo ha de ser! No hay remedio.
Es preciso que te vayas.
Ten paciencia. Yo lo siento.

ESCENA V.

DOÑA CATALINA. PLACIDA. D. CANDIDO.
D. JOAQUIN. D. BRUNO. D. ONOFRE.
D. MARCELO.

D. Joaq. ¡Placidita!....

Plácida. Ya has oido
á mi mamá. Yo no tengo
la culpa.—No; el mal no es solo
para tí. ¿Y yo, que consiento
en casarme, y de repente
me quedo con los deseos?
Pero yo procuraré
consolarme. Te aconsejo
que hagas otro tanto. Abur.

ESCENA VI.

DOÑA CATALINA. D. CANDIDO. D. JOAQUIN.
D. BRUNO. D. ONOFRE. D. MARCELO.

D. Brun. [*Aparte con doña Catalina y don Cándido.*]
Se disipó como el viento
su cariño. ¡Qué leccion!

D. Cánd. ¡Qué desengaño!

D.ª Cat. Veremos
cómo se explican los tios.

D. Joaq. Querido tio Marcelo,
este imprevisto revés
de la fortuna se ha opuesto
al enlace deseado
que colmaba mi contento;
pero al menos un asilo.....

D. Marc. No; no te canses. Bien veo
que vas á pasarlo mal.
Hijo de padres muy buenos,
pero pobres, no tenias
mas recurso que tu sueldo.
Si te has quedado sin él,
culpa solo á tus excesos.
Yo los autorizaria
sufriendo que un mismo techo
nos cubriera. Quien merece
que lo echen de un regimiento
con ignominia, no es digno
de mi proteccion.—Yo espero,
sin embargo, que este golpe
te servirá de escarmiento.
¡Dios lo quiera asi! Si no,
te anuncio un fin muy funesto.

ESCENA VII.

DOÑA CATALINA. D. CANDIDO. D. JOAQUIN.
D. BRUNO. D. ONOFRE.

D. Joaq. ¡Qué crueldad!
[*A don Onofre que iba á seguir á don Marcelo.*]
¿Y usted tambien
me abandona?

D. Onof. Yo me precio
de haber sostenido siempre
el honor de mis abuelos,
señor mio; y faltaria
á los principios austeros
de justicia y probidad
que á todo trance profeso,
si consintiera á mi lado
á un perdido, á un vago.....

D. Joaq. Al menos

3 0112 127852280

los vínculos de la sangre
deberian.....

D. Onof. Yo no entiendo
de vínculos ni de alforjas.
¡Mire usted que el parentesco
es grande! ¡Échele usté un galgo!
Hijo de un primo tercero.....

D. Joaq. No, señor. ¡Si por mi madre
soy sobrino.....

D. Onof. Vaya; ahorremos
palabras. Anda á buscar
tu madre gallega lejos
de mí. En la córte hay arbitrios
para los hombres de ingenio
como tú. Si no te quieres
morir de hambre, apela al juego,
á la embrolla y á la estafa;
que no serás el primero,
ni se ha de apurar Madrid
por un pillo mas ó menos.
[*Don Joaquin queda en el mayor abatimiento.*]

ESCENA ULTIMA.

DOÑA CATALINA. D. CÁNDIDO. D. JOAQUIN. D. BRUNO.

D. Brun. Estoy escandalizado.
Yo no podria creerlo
si no lo viera.

D.ª Cat. Me da
lástima su abatimiento.
Ni aun á mirarnos se atreve.

D. Cánd. Joaquin, para estos momentos
es el valor. No te aflijas.
Si yo pensara como ellos
podria desampararte
alegando otros pretextos
sin duda mas oportunos;
mas decorosos al menos.
[*Tomándole afectuosamente la mano.*]
Yo veo tu desventura,
y no mis resentimientos.
Aun no me atrevo á brindarte
con mi amistad: la reservo
para cuando experimente
el reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
y mi tio te prometo
favor y hospitalidad.

D. Joaq. Esa bondad sin ejemplo
me confunde mas que todo.
Perdóname si no acierto
á responderte.

D. Cánd. ¡Eh, no llores!

D. Brun. Dejémonos de lamentos,
y á la enmienda. Con nosotros
vivirás: yo lo consiento.
Ahora en tí solo consiste
granjearte nuestro aprecio.

D.ª Cat. Vámonos á la posada
cuanto antes, porque no quiero
estar un instante mas
en esta casa.—Ya es tiempo
de sentar esa cabeza,
Joaquinito.

D. Joaq. ¡Ah! Yo lo ofrezco.

D.ª Cat. Sea usted hombre de bien.....
y no vuelva á hacer sonetos.